

RECENSIONES

1) SISTEMÁTICA

J. L. Ruiz de la Peña, *Teología de la creación*, Presencia Teológica 24 (Santander; Ed. Sal Terrae 1986) 280 pp.

El autor, ampliamente conocido por sus excelentes estudios de antropología teológica y de escatología, nos ofrece ahora un manual para el estudio teológico de la realidad creada. Como él mismo afirma, el clásico tratado *De Deo creante*, que se había puesto de actualidad en los años 50 y 60, gracias a las discusiones sobre el evolucionismo y monogenismo, así como a la que él denomina «moda-Teilhard» (153), parecía haber quedado en el olvido en estos últimos años. Las causas de este abandono pueden ser su absorción en el tratado de *Antropología Teológica* y una cierta alergia de los teólogos a los estudios científicos sobre el mundo, que ellos consideran dominados por posturas monistas materialistas.

Y, sin embargo, la teología no puede eximirse de una reflexión seria y sistemática sobre el primer artículo del credo. La fe —y la confesión— en Dios exige la fe y la confesión en la creación. «La creación es un artículo de fe cristiana (es decir, un misterio) y no la conclusión de un razonamiento metafísico (es decir, un saber profano)» (p. 128). Esta firme convicción, que recorre toda la obra, en modo alguno empuja al teólogo a refugiarse en los datos de la revelación para eludir el encuentro con las cosmovisiones contemporáneas. Pero tampoco ha de obligarlo a abrazar con talante concordista una cosmovisión evolucionista, tras haberse despojado penosamente de una previa cosmovisión fijista. El diálogo no significa hipoteca de la fe.

La primera parte de la obra recorre un camino histórico ofreciendo un repaso de la teología de la creación del Antiguo Testamento, del Nuevo Testamento, de la historia de la doctrina —desde los primeros símbolos hasta el Concilio Vaticano II— para terminar con un capítulo dedicado a la reflexión teológica sobre el hecho, el modo y el fin de la creación.

Por lo que se refiere al estudio bíblico del tema, el autor recoge y hace suya la teoría de Schmidt sobre los dos relatos que se entremezclan en el poema sacerdotal de la creación, reflejo de dos estadios de la tradición de Israel. La hipótesis bien conocida de un substrato mítico popular cercano a las leyendas cosmogónicas y de una ulterior reflexión, monoteísta y hasta polémica, que subraya la creación por la palabra, ilumina ciertamente y de forma sugerente muchas de las contradicciones del texto con que hoy se abre nuestra Biblia.

El autor, sin embargo, subraya una y otra vez que la fe *cristiana* en

la creación no es sin más la fe *judía*. A la luz del misterio del Cristo sabemos que «la criatura es lo que el creador ha querido llegar a ser». La creación encuentra en Cristo su finalización. El es un fragmento de la misma creación. Con Brunner, proclama el autor, que la referencia para la fe cristiana en la creación no se encuentra en el primer capítulo del Génesis, sino en el nuevo Génesis que es el prólogo del evangelio de Juan (129). Nadie como los cristianos ha puesto tan alto la imagen del mundo.

De hecho la fe en la creación posibilita el respeto a lo creado, la desnumenzación de la creación, la posibilidad de la ciencia. Sin la fe en la intervención creadora de Dios, la única alternativa es el retorno a los mitos cosmogónicos, tentación constante de la que no se ve exenta ni la reducción feuerbachiana del mundo *creado* al ámbito de la nada. Tan lejos del panteísmo como de un dualismo degenerativo, la fe cristiana en la creación significa la apuesta por la dignidad emergente de lo creado, del mundo creado «con» el tiempo, y de la misma historia, rescatada así de la esclavitud del retorno cíclico.

La segunda parte de la obra está destinada al diálogo con las modernas antropologías, a las que el autor había ya dedicado otro libro. Se estudian aquí algunas cuestiones fronterizas, tratando de recoger los problemas que la realidad plantea a la visión cristiana de la propia realidad, es decir, de la creación.

Pasan ante nuestros ojos las inquietantes preguntas sobre la presencia del mal en un mundo creado bueno. Se nos ofrece una réplica a todos los que acusan al cristianismo y su afirmación del dominio del hombre sobre el cosmos de haber favorecido el despilfarro de las reservas naturales, la destrucción del medio ambiente y la actual crisis ecológica. El autor no se limita a negar esta acusación, sino que ofrece un apasionante esbozo para una reflexión teológica sobre la creación objetiva y la responsabilidad ética ante su conservación. Es especialmente en esta sección donde se hace más evidente que nunca la estrecha relación entre la antropología y la ética. A pesar de todas las apariencias y las proclamas en contra de la moral, la responsabilidad ética y la formulación de esa misma responsabilidad es hoy inesquivable. A pesar de tanta moralina, nunca como hoy ha sido necesaria la responsabilidad y la reflexión moral (pp. 193-94).

Se cierra la obra con una amplia gama de cuestiones que suelen hoy agruparse en torno al título común de «diálogo fe-ciencia», abordado aquí con absoluta sinceridad y hondura, que es tanto como afirmar una serena humildad sin complejos ante los científicos interesados en el diálogo.

Es obligado agradecer al autor, catedrático de Antropología Teológica en la Universidad Pontificia de Salamanca, esta obra de profunda y sugerente reflexión sobre la fe cristiana en la creación y sobre el diálogo con las cosmovisiones presentes en nuestro tiempo.

José-Román Flecha

J. Alfaro, *Revelación cristiana, fe y teología, Verdad e Imagen*, 90 (Salamanca: Ediciones Sígueme 1985) 197 pp.

En las páginas 120 ss. del libro que presentamos, su autor expone el programa que, a su juicio, debería desarrollar una teología renovada de la fe: la cuestión del sentido; el carácter cristológico de la fe; la función que

en ella juega la razón; su repercusión en la experiencia humana de los creyentes; el problema de la significatividad del lenguaje de fe.

Pero el P. Alfaro no se limita a sugerir el programa, sino que nos ofrece en los diversos capítulos del libro un desarrollo del mismo. Así, el capítulo primero comienza preguntándose qué hay en el hombre que lo haga capaz de revelación divina. Pregunta relacionada con otras dos: las referentes a su origen y a su destino, es decir, a la cuestión del sentido de su existencia. Tras un fino análisis de la estructura psicológica humana y de sus dimensiones fundamentales (conciencia, libertad, socialidad, mundanidad, historicidad, mortalidad), se concluye que el hombre es el ser abierto constitutivamente a una eventual revelación trascendente, y que Dios es la realidad fundante, el amor originario, la esperanza última, el porvenir absoluto. Sólo en el marco de la relación hombre-Dios se esclarecerá, por tanto, la ineludible cuestión del sentido.

El capítulo siguiente versa sobre la encarnación y la revelación; realidades igualmente sobrenaturales y mutuamente coimplicadas, lo que explica las sorprendentes analogías que se dan entre ambas, y que llevan a concluir al autor que «encarnación y revelación son fundamentalmente un mismo misterio».

Del binomio fe-razón se ocupa el capítulo quinto, que reflexiona acerca de la relación de la teología con la filosofía y las ciencias, especialmente las ciencias humanas. Contra el parecer de Heidegger (según el cual el creyente sería incapaz de filosofar, dado que la fe responde ya a todo interrogante filosófico), Alfaro sostiene que es justamente la fe la que exige que se planteen con sinceridad absoluta las cuestiones radicales. Lo que, de otro lado, no significa que tales cuestiones puedan solventarse en la esfera exclusiva de una ilusoria «razón pura». Por lo demás, la teología no debería ignorar los desafíos que representan para ella la ciencia y la técnica y, más concretamente, el positivismo lógico, la psicología profunda y la sociología de la religión.

La incidencia de la fe en la experiencia personal y sociohistórica de los creyentes es objeto de los capítulos tercero (*Fe y existencia cristiana*), sexto (*Hacer teología hoy*) y séptimo (*En torno a la teología de la liberación*). Lo que distingue a la fe de la incredulidad es una interpretación nueva de lo humano, y no sólo una opción diversa ante la hipótesis Dios. Por ello, la ausencia en el cristiano de un real «empeño existencial» equivale a la negación misma del mensaje de Jesús. Consiguientemente, la teología ha de interesarse por las dimensiones historicopolíticas de la existencia cristiana, lo que conlleva un giro en el método del quehacer teológico. Tarea de la teología será, pues, además de esclarecer la fe, suscitar la esperanza y dirigir la praxis cristiana. Todo ello conduce al reconocimiento de la legitimidad de la teología de la liberación; ésta, con sus riesgos y sus logros, ha hecho visible el carácter englobante de la salvación cristiana, que alcanza también las dimensiones socioeconómica y política en la condición humana.

El problema de la significatividad del lenguaje de fe se toca en el capítulo octavo: *Escatología hermenéutica y lenguaje*, donde se muestra en el caso límite de los enunciados escatológicos cómo hablar con sentido de realidades últimas y absolutamente nuevas. El propio Alfaro nos suministra un ejemplo al dedicar el capítulo final de su libro a la temática de la parusía y el juicio.

A lo largo de toda la obra se aprecian las virtudes bien conocidas de su autor: amplísima información, capacidad analítica, equilibrio y originalidad. Especialmente sugestivo le ha parecido a quien esto escribe el primer capítulo (el más extenso del libro), de una densidad y precisión poco comunes.

J. L. Ruiz de la Peña

M. Gesteira Garza, *La Eucaristía, misterio de comunión*, Academia Christiana, 18 (Madrid: Ediciones Cristiandad 1983) 680 pp.

De espléndida podría calificarse en su conjunto esta densa obra del prof. Gesteira, llegada con cierto retraso a nuestras manos, en la cual se nos presenta, en un intento loable de sistematización casi completa, lo más importante de las adquisiciones de la teología eucarística de los últimos 25 años. Su calidad no le viene únicamente de ese elemento material, sino de la misma trama interior, que articula gran parte de los contenidos y posibilita, al menos en el propósito del A., una «reformulación actualizada de la fe» (p. 9), y del magnífico aparato documental de que hace gala a lo largo de todo el trabajo.

La obra consta de siete amplios capítulos, que conjugan cuatro componentes importantes de la obra —los datos más actuales de la exégesis bíblica, la tradición genuina de la Iglesia, los aspectos simbólico-antropológicos del pensamiento actual y los aportes de la teología ecuménica— y se ensamblan sobre esta secuencia argumental: el Reino de Dios se manifiesta en Jesús resucitado y en el banquete escatológico de la comunidad creyente (caps. 1-3); la eucaristía, en cuanto presencionaliza esa realidad (cap. 3); es el sacramento de la comunión eclesial (cap. 4) y de una comunión sacrificial (cap. 5); y esa donación oblativa del Señor a su Iglesia y con su Iglesia conlleva la transformación del mundo (de los dones) y de la comunidad (cap. 6) bajo la acción santificadora y unificante del Espíritu (cap. 7).

Semejante planteamiento no deja de tener su lógica interna y sus ventajas de cara a una visión integradora de hecho tan complejo como es la Eucaristía, pero no evita que se incurra en más de una reiteración temática, sobre todo en algunos aspectos históricos (v.gr., en los caps. 3, 4 y 6), o que se disloque el lugar del tratamiento de alguno de sus temas fundamentales, por ej. el de la presencia real de Cristo (caps. 3-4) expuesto, en gran parte, con anterioridad a la dimensión sacrificial (cap. 5), aún a sabiendas de que, como el mismo A. reconoce (cf. pp. 268-269), la donación del Señor a su Iglesia —su sacrificio— es lo que motiva y explica el hecho de su presencia somática en el sacramento. Mas tales desajustes materiales habría que imputarlos más que a personales inconsecuencias, al afán, del todo encomiable, de abordar la verdad desbordante de este sacramento cristiano en toda su hondura y amplitud y desde las distintas perspectivas necesarias.

En mi opinión, son de ponderar especialmente los tres capítulos primeros y los distintos apartados históricos diseminados en el resto del conjunto a propósito de los temas clásicos de la teología sistemática (sacrificialidad, presencia, transustanciación, etc.).

De aquéllos hay que resaltar la magnífica síntesis realizada de los estudios exegéticos más actuales y cualificados. La selección argumental,

la claridad expositiva y las referencias críticas dan un enorme valor a estos pasajes iniciales con los que se sienta la base fundamental de la hermenéutica e intento sistematizador subsiguientes. Y esa base no es otra que el redescubrimiento del sentido más originario de la Eucaristía a la luz del misterio de la Resurrección y de la presencia singular del Resucitado.

Así se da paso a la comprensión de las demás características de esa comunicación objetiva, donal, de Jesús a su Iglesia, en la cual la Eucaristía, como banquete fraternal o como realización de su entrega recíproca, es el sacramento por antonomasia de la comunión eclesial y el que constituye y define más propiamente a la Iglesia cristiana como comunidad eucarística.

Ahonda el A. más aún en esta caracterización cristológica de la Iglesia al tratar la cuestión de la sacrificialidad. Además de un excelente recorrido por las fuentes iniciales y por los lugares obligados de la tradición, el Prof. G. conceptualiza esta verdad dogmática con una conjunción feliz de los nuevos elementos desvelados por la teología eucarística, no suficientemente asumidos o tenidos en cuenta en la visión tradicional, o mejor escolar, del tema: la índole escatológica y el concepto de memorial. Una y otro facilitan una más clara inteligencia del hecho sacrificial a nivel de teología católica y de diálogo ecuménico con otras iglesias cristianas y sitúa en su justo punto el equilibrio entre los valores cristológicos y eclesiológicos del sacrificio eucarístico.

Importante y muy logrado, aunque reiterativo en algunos de sus momentos —los que se refieren, sobre todo, al periodo de la teología medieval—, el capítulo en que se aborda el tema clásico de la transustanciación. El magnífico desarrollo histórico se completa con una notable síntesis de los autores contemporáneos y el conjunto, leído en el marco de los planteamientos anteriores de la presencia de la sacrificialidad, ofrece una explicación del asunto plena de sugerencias y de posibilidades hermenéuticas, capaces de integrar los valores dogmáticos de siempre con los componentes más personalistas del sentir teológico contemporáneo.

El capítulo final de la obra, puede que un tanto desplazado de su lugar propio, que debía ser anterior en un esquema sistemático de toda la verdad sacramental, trata de la acción del Espíritu en el sacramento eucarístico y, además de plantear la consabida cuestión teológico-litúrgica de la epiclesis, tiene por objeto ensayar una especie de recapitulación de todo lo expuesto. Valiéndose de la idea de que el Espíritu es como el principio unificador del misterio cristiano en general, el A. lo aplica a la realidad eucarística y coordina en torno a la actuación santificante del Pneuma de Jesús resucitado las distintas vertientes del misterio de la Cena: lo eclesiológico, lo presencial, la transformación de los dones, las dimensiones socio-políticas de la experiencia eucarística, etc. Es, en suma, un interesante apunte organizador que habría que considerar casi como una nueva clave hermenéutica de la verdad integral del sacramento.

Al término de todo, el A. se ha permitido resumir en una serie de conclusiones sumarias las líneas maestras de su estudio, líneas que son una verdadera guía para una lectura lúcida y acertada del mucho e importante material expuesto sistemáticamente con anterioridad.

No dudo que este notable trabajo del Prof. Gesteira, nacido en el contexto y fruto de su actividad académica, esté llamado a prestar un valiosísimo servicio a los lectores (docentes, estudiantes, etc.) que aspiren a un

estudio serio, aunque sea de carácter escolar, de estas materias. La calidad, tanto de la reflexión ofrecida como del material bibliográfico o del aparato crítico del volumen, lo hacen altamente recomendable.

D. Salado

B. Kleinheyer - E. von Severus - R. Kaczynski, *Sakramentliche Feiern II, Gottesdienst der Kirche*, Handbuch der Liturgiewissenschaft, 8 (Regensburg: Friedrich Pustet) 291 pp.

La obra o «Enciclopedia» *La liturgia de la Iglesia* (Gottesdienst der Kirche), proyectada en diversos tomos, presenta, después del tomo 5 (Teil 5, I) dedicado a una parte del Año Litúrgico (cf. *Salmanticensis* 1, 1985, 124-125), el tomo 8, donde se estudian algunas «celebraciones sacramentales» (Sakramentliche Feiern II), como son las «Ordenaciones», los «Ritos sobre el matrimonio y la Familia» (B. Kleinheyer), diversas «Celebraciones de las comunidades religiosas» (E. von Severus), la «Liturgia de la muerte y de las exequias», las «Bendiciones» y los «Exorcismos» (R. Kaczynski).

El *capítulo primero*, dedicado a las «Ordenaciones» es presentado por B. Kleinheyer, buen conocedor de la materia, que hace una excelente síntesis de la evolución genética-ritual, siguiendo el curso de las etapas fundamentales: comienza situando el tema en el interior de la pluralidad de servicios-ministerios neo y postestamentaria (11-20); sigue la exposición de las diversas etapas de evolución histórica (Iglesia antigua, liturgia romana, liturgias occidentales no romanas, Pontifical romano-germánico, Pontifical Romano de 1596, y Pontifical Romano de 1968) (21-65). Destaca en este estudio el buen conocimiento de las fuentes y estudios más recientes, la presentación comparativa no sólo en relación con las liturgias occidentales sino también con la liturgia oriental. Se echa de menos en este capítulo una integración de los elementos teológicos y pastorales más importantes en relación con la problemática actual.

El *capítulo segundo*, sobre los «Ritos del matrimonio y la familia», del mismo B. Kleinheyer, sigue también el esquema genético-positivo. Estudia la celebración del matrimonio en los tres primeros siglos, en la Iglesia latina del s. iv-ix, en los patriarcados orientales, en la Iglesia latina del s. ix-xvi, y del Concilio de Trento al Vaticano II y el nuevo Ritual (pp. 76-136). En este caso se dedica un apartado interesante a las cuestiones litúrgico-pastorales de más actualidad (pp. 137-145). Y se concluye con una breve reseña sobre el antes del matrimonio o «esponsales», y sobre el después de la celebración o «aniversario» del matrimonio (pp. 146-150). A modo de apéndice se incluyen y comentan también las «bendiciones en relación con el nacimiento»: bendición de la madre antes del nacimiento, y bendición de la madre y el niño después del nacimiento (pp. 151-156). En conjunto, este capítulo dedicado al matrimonio es más completo y desarrollado que el anterior. La pluralidad de perspectivas: socio-cultural, histórico-ritual, teológico-litúrgica y pastoral se integran de modo más adecuado sobre el eje de la evolución litúrgica. La descripción y comentario de fuentes nos parece realmente acertada y objetiva, teniendo en cuenta la dificultad en algunos casos. Es de notar igualmente el esfuerzo comparativo que hace el autor, teniendo en cuenta las diversas tradiciones dentro de la Iglesia latina, e incluso en la Iglesia Oriental y las Reformadas, si bien desconoce

algunos estudios importantes sobre la liturgia matrimonial hispánica (v.gr. I. García Alondo), así como las peculiaridades del Ritual Toledano, quizás por centrarse más en la evolución y peculiaridades de la liturgia romano-germánica. Todo ello, unido a la buena documentación y bibliografía manejada, hace del trabajo un punto de referencia necesario.

El *capítulo tercero*, sobre las «*Celebraciones en las comunidades religiosas*» (pp. 161-189), lo desarrolla Emmanuel von Severus. El trabajo parte de unos sencillos presupuestos teológicos, que sitúan el tema en continuidad con la praxis oracional de la comunidad primitiva, y en relación con la finalidad de la vida religiosa. Propone después un breve resumen sobre la evolución de la vida litúrgica en dichas comunidades, distinguiendo tres tipos fundamentales de celebración: la Liturgia de las Horas, la Eucaristía, y la liturgia familiar (pp. 164 ss.). Como es lógico, el autor se detiene en el estudio de los dos primeros, destacando su sentido, su evolución histórica, su praxis actual (pp. 168-175). Seguidamente explica el rito de la profesión religiosa, de la consagración de vírgenes y de la consagración de abades(as) (pp. 176-188). Es un capítulo sencillo, donde se recoge lo fundamental de la materia. El autor se esfuerza por ofrecer alguna sugerencia para el presente, pero en conjunto resulta un apartado un tanto pobre, quizás por la misma calidad de la materia y el objetivo trazado.

El *capítulo cuarto*, dedicado a la «*Liturgia de la muerte y las Exequias*» (pp. 195-232) es presentado por R. Kaczynski. El autor parte de una perspectiva antropológica y teológica sobre el tema, situándolo en la realidad social y la conciencia humano-cristiana del creyente. Sigue el estudio sobre la evolución y configuración histórica (aspectos de la historia de las religiones, Escritura, liturgia en las diversas etapas) (pp. 199-217). En el tercer apartado trata sobre la celebración actual de la muerte y la liturgia de Exequias del Vaticano II, señalando las líneas de fuerza así como las aportaciones más importantes (pp. 218-227). Finalmente, aborda el tema desde la perspectiva de la pastoral litúrgica, señalando algunos criterios o principios para una celebración más significativa. El estudio, conducido con rigor por el autor, sitúa realmente en un conocimiento documentado del tema. Pero creemos deja algo que desear en la aplicación a la sensibilidad del hombre actual, y los condicionantes de una celebración adecuada.

En el *capítulo quinto*, es el mismo R. Kaczynski quien trata sobre las «*Bendiciones*» (pp. 237-274). El autor, después de clarificar adecuadamente los conceptos «sacramentos» y «sacramentales», presenta el sentido antropológico y teológico de las bendiciones resumiendo aspectos de sentido importante, como alabanza y petición, acción de gracias y carácter significativo, compromiso y buen uso... (pp. 241-247). A continuación presenta la perspectiva histórica o evolución de las bendiciones, desde el AT hasta el Vaticano II, señalando los cambios más importantes (pp. 251-259). Concluye el capítulo con un apartado sobre la renovación actual a partir del Vaticano II, en el que trata de las bendiciones de los «elementos» tal como aparecen en el misal (cirio, fuego, palmas, ceniza, agua), en los Rituales (caso de los anillos, de la tumba, del agua, de los óleos), en el Pontifical (óleos, iglesia, altar, objetos litúrgicos). Una breve presentación del «Bendicional» preparado para los países de lengua alemana cierra este apartado, resaltando la originalidad e importancia de dicho libro. Se trata de un capítulo interesante, en el que se dice cuanto hay que decir sobre el tema, de modo fundamentado y con un plausible esfuerzo de adaptación a las situaciones y realidades actuales.

El *capítulo sexto*, también escrito por R. Kaczynski, trata de los «*Exorcismos*» (pp. 279-291), y en su desarrollo sigue el mismo esquema señalado: concepto y sentido teológico, evolución histórica, renovación actual. Es importante que se haya incluido este capítulo en la obra que presentamos. Bien interpretado, como lo hace el autor, debe mantener su vigencia en la Iglesia; cuando las circunstancias lo piden.

En conclusión, el volumen 8 de la obra «*Gottesdienst der Kirche*» puede considerarse como una buena síntesis, muy bien documentada en general, sobre aspectos variados en relación con el tema «sacramental». La calidad de los trabajos, manteniendo su tónica general, varía según el tema. Consideramos como los más logrados y completos el relativo al Matrimonio y referente a las Bendiciones. Aunque sea explicable por razones prácticas, no comprendemos bien la inclusión en este volumen de dos sacramentos como el Orden y el Matrimonio. Se sigue echando de menos un desconocimiento de toda la literatura al respecto en español. No obstante, el volumen debe ser apreciado en su valor, como fuente importante de conocimiento y consulta litúrgica para los estudiosos de la materia.

D. Borobio

J. Guillet, *Entre Jésus et l'Église* (Paris: Éd. Du Seuil 1984) 316 pp.

Los estudios de J. Guillet son interesantes tanto para la exégesis como para la teología sistemática. Trata los temas aportando de manera original reflexiones enriquecedoras en diversos campos. Recuérdese, por ejemplo, su libro «*Jésus devant sa vie et sa mort*» de 1971 o «*La foi de Jésus Christ*» de 1980. El método utilizado y el interés que suscitan las páginas se prolonga en el libro que ahora presentamos.

El tema estudiado es la relación entre Jesús y la Iglesia. No le preocupa tanto inventariar los datos que fundamentan la conexión y la diferencia cuanto comprender su alcance. «¿Cómo se ha convertido la fe en Jesús en adhesión a la Iglesia? ¿Qué significa este paso? ¿Una obediencia literal? ¿Una fidelidad inventiva? ¿Una experiencia excepcional de algunos grupos inspirados? ¿Una creación genial de espíritus extraordinarios, como un Pablo, un Juan? ¿Una adaptación prudente que lleva a traiciones mejor o peor disimuladas?» (p. 289). La relación de la Iglesia con Jesús, desde que la investigación crítica la planteó como problema, ha recibido respuestas diferentes. Para unos las intenciones de Jesús y de los discípulos fueron divergentes. Otros sostuvieron que la Iglesia apareció como sucedáneo del fin esperado por Jesús. Otros pensaron que se habría tratado de una evolución no prevista por Jesús, pero tampoco contradictoria con su predicación... Más cerca de nosotros, unos han acentuado la novedad que representa la Iglesia surgida en Pascua con la situación prepascual de Jesús, y para otros la Iglesia estaría en continuación con la predicación del Reino llevada a cabo por Jesús y con su seguimiento. En todo caso la relación entre la Iglesia y Jesús es un aspecto importante del conjunto llamado «Jesús de la historia y Cristo de la fe».

Nuestro autor piensa la cuestión sin caer en esquemas ya fijados. ¿Qué ha ocurrido entre Jesús y la Iglesia? ¿Qué ha cambiado entre el Maestro rodeado de discípulos por los caminos de Galilea, el profeta del Reino de Dios, el abandonado en el Calvario y las comunidades cristianas que en

Jerusalén, en Antioquía, en Corinto... predicando la muerte y resurrección de Jesucristo, inician bautizando, celebran la cena del Señor?

El autor desarrolla la cuestión en dos partes: desde la actuación de Jesús mira hacia la Iglesia y desde la Iglesia mira hacia Jesús. Evidentemente no basta para una indagación crítica remitirse, por ejemplo, a la presentación que nos ofrecen los Hechos de los apóstoles y a las perspectivas de futuro que el mandato de misión ofrecen en los últimos capítulos de los Evangelios. En la primera parte, que desembocará en la segunda sin que el autor marque especialmente la transición, desarrolla aspectos de la historia de Jesús más relevantes para la Iglesia: el discipulado, el perdón de los pecados, la comunidad creada por Jesús, la cena de despedida... Y en la segunda, retomando en parte temas tratados antes: la cena de Emaús, el perdón otorgado por el Resucitado, el bautismo, la misión... En este vaivén de situaciones comprende el autor la conexión vital entre la Iglesia y Jesús.

La conclusión es la siguiente: hay fidelidad y creatividad desde la Iglesia a Jesús; y hay presencia permanente, también en el tiempo de la ocultación, del Señor en su Iglesia. «Entre Jesús y la Iglesia existe la fidelidad de Pedro y sus fragilidades, la pasión de Pablo y su personalidad, la fuerza del Espíritu Santo» (p. 290). En la Iglesia coinciden los recuerdos transmitidos, los gestos reproducidos y la presencia viviente de Cristo en su Espíritu. El que en la Iglesia confluyan los que convivieron con Jesús y otros muchos que se adhirieron a ella indica por una parte la continuidad y por otra el encuentro actual con Jesucristo vivo. No se explica la Iglesia como prolongación natural de Jesús ni tampoco olvidando lo dicho y hecho por El. Hay una fidelidad creadora y una originalidad obediente. El Señor glorificado y su Espíritu presiden la continuidad en la profunda diversidad de situaciones.

Este estudio es una muestra de cómo se puede proceder con rigor crítico, distinguiendo lo que es presentación teológica de lo que debió ser el desarrollo histórico, y con responsabilidad ante la fe, que de esta forma se ilumina y comunica su contenido. Ofrece, además, el estudio un admirable sentido de la oportunidad eclesial.

R. Blázquez

Maria e lo Spirito Santo. Atti del 4° Simposio Mariologico Internazionale (Roma, ottobre 1982) (Roma: Edizioni «Marianum» 1984) 375 pp.

El presente volumen recoge las Actas del IV Simposio Internacional de Mariología sobre «El Espíritu Santo y María», celebrado en octubre de 1982. Dos razones inclinaron a que la temática del Simposio se centrara en el estudio de la relación entre el Espíritu Santo y María: en 1981 se celebró el 1600 aniversario del Concilio I de Constantinopla, donde se fijó eclesialmente la doctrina sobre el Espíritu Santo; y, además, en marzo de 1982 tuvo lugar el Congreso de Pneumatología motivado por la celebración conciliar. Los mariólogos intentaron en su Simposio integrar la temática «El Espíritu Santo y María» dentro del marco pneumatológico general.

En el volumen se recogen las cinco relaciones y las cuatro comunicaciones presentadas en el Simposio. He aquí los títulos: «*El Espíritu Santo*

y *María en la investigación teológica actual de las diversas confesiones cristianas en Occidente* (A. Amato), «*María y el Espíritu Santo en la Iglesia oriental*» (T. Špidlík), «*Aspectos mariológicos de la pneumatología de Lc 1,35a*» (A. Serra), «*La presencia del Espíritu Santo en María según la antigua tradición cristiana (s. II-IV)*» (E. M. Toniolo), y «*María como 'símbolo' de la experiencia cristiana del Espíritu. Hipótesis y materiales para la comprensión psicológica-analítica*» (L. M. Pinkus). Las comunicaciones fueron éstas: «*La sinergia del Espíritu Santo con María. Profundizaciones teológicas*» (D. Bertetto), «*El Espíritu Santo y María en la obra de L. Boff*» (D. Fernández), «*¿Una mariología pneumatológica? Posibilidades y límites*» (J. Ibañez - F. Mendoza) y «*El Espíritu Santo y María en la doctrina avilista*» (A. Molina Prieto).

Como se ve por el enunciado de los títulos, el espectro de la tractación abarca el estudio bíblico, la patrística, la historia ulterior de la teología, las cuestiones actuales, el enfoque interdisciplinar, el diálogo ecuménico etc. Hagamos algunas indicaciones más precisas.

El estudio de A. Amato presenta un cuadro amplio de la reflexión actual tanto católica como protestante, sobre todo aquélla, en torno a nuestro tema. Además ofrece una bibliografía abundante y ceñida sobre la cuestión. De su larga exposición concluye: «Después del Concilio... se ha verificado un cambio de la concentración cristológico-eclesiológica a una más adecuada consideración trinitaria y pneumatológica de María» (p. 91). Este enriquecimiento, que recoge una perspectiva bíblica importante, ensancha las líneas del diálogo ecuménico.

A. Serra en su exposición oral, tenida el día 6 de octubre en el Simposio, no se limitó al punto desarrollado en el texto que recogen las Actas. Entonces se refirió también a Lc 2,19 («María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón»). Precisamente a Lc 2,19.51b había dedicado una monografía de casi 400 pp. con el título «*Sapienza e contemplazione di Maria secondo Lc 2,19.51b*» (Roma 1982), donde descubre una doble corriente sapiencial y pneumatológica profundizando así notablemente los pequeños textos sobre la meditación cordial de María. En el estudio, aquí publicado, ha seguido el mismo método: irradiar desde el Antiguo Testamento luz y sugerencias sobre Lc 1,35 (cf. p. 200).

D. Fernández, después de situar brevemente en la historia y de exponer la doctrina de L. Boff, hace una valoración crítica, donde de una manera abierta y precisa reconoce los méritos e indica las debilidades de la hipótesis «desmesurada» de L. Boff, como otros también han afirmado (J. Galot, J. Pikaza...). Boff quiere situar lo femenino en Dios y lo divino en María. Habla de una «espiritualización» del Espíritu Santo en María paralela a la «encarnación» del Verbo de Dios en Jesús. Dos cuestiones fundamentales, estrechamente relacionadas con el tema de su comunicación, suscita el autor en la obra de L. Boff: Espiritualización (o pneumatización) del Espíritu Santo en María y maternidad divina de María. Aquélla le merece al final el siguiente juicio: «Vengamos a la idea. Afirmar que el Espíritu Santo se personifica en María es del todo inaceptable» (p. 319). También le preocupa el afán de elevar a María a la altura de la divinidad para que pueda ser Madre de Dios. Decir que «María no es sólo el templo de Dios, sino también el Dios del templo» (p. 321) es evidentemente desafortunado.

No podemos recorrer cada una de las colaboraciones que enriquecen

este volumen. Sea bienvenida esta aportación, digna de la tradición a que nos tiene habituados el «Marianum» de Roma.

R. Blázquez

U. Betti, *La dottrina sull'episcopato del Concilio Vaticano II. Il capitolo III della Costituzione dogmatica Lumen gentium*, Spicilegium Pontificii Athenaei Antoniani, 25 (Roma: Antonianum 1984) 570 pp.

Este volumen, que trata de la doctrina sobre el episcopado en el capítulo III de la Constitución «Lumen gentium», apareció en primera edición el año 1968. Ahora, con ligeros retoques, se edita de nuevo en la prestigiada colección del Pontificio Ateneo Antoniano de Roma. En la misma colección apareció otro volumen del autor, de contenido análogo, sobre el Vaticano I: «*La Costituzione dogmatica 'Pastor aeternus' del Concilio Vaticano I*» Roma 1961. Ha sido un acierto el que los dos volúmenes, que objetivamente son complementarios, estén a disposición en la misma colección.

U. Betti está especialmente capacitado para hacer el estudio, que ahora presentamos. Hace algunos años ofreció una *Crónica de la Constitución* en la obra dirigida por G. Baraúna «*La Iglesia del Vaticano II*» I, Barcelona 1965, pp. 145-170. Ahora se ha concentrado en el capítulo III, que tuvo la oportunidad de seguir todavía más de cerca.

Formó parte Betti de la Subcomisión encargada de elaborar el Esquema sobre la Iglesia, que fue constituida el 27 de octubre de 1960. Su presidente era el P. Gagnebet, y entre otros eran miembros G. Philips, C. Journet, I. Lécuyer, J. Witte etc. Igualmente participó en la Comisión doctrinal, que, una vez empezado el Concilio, sustituyó a la Comisión teológica preparatoria. Para examinar las propuestas muy numerosas que fueron presentadas después de la discusión del segundo Esquema sobre la Iglesia llevada a cabo durante el mes de octubre del segundo período conciliar, la Comisión doctrinal creó una Subcomisión, que se llamó también central; de ella formó parte U. Betti. Para poder cubrir el encargo se crearon ocho Subcomisiones particulares; el P. Betti tomó parte en la 5ª encargada de los números 16-21 sobre el Colegio episcopal y sobre los ministerios de los obispos. Los peritos de esta Subcomisión 5ª fueron U. Betti como secretario y relator general, Colombo, Dhanis, Maccarrone, Rahner, Salaverri, Thils; y más tarde fueron agregados D'Ercole, Gagnebet, Lambruschini, Masi, Moeller, Ratzinger, Schauf, Semmelroth y Smulders. El tema que desarrolla este estudio fue, por tanto, de forma privilegiada seguido por Betti. Se comprende entonces que aparezcan en el escrito anécdotas, referencias detalladas a la distribución del trabajo dentro de la Comisión y Subcomisión, discusiones con las aportaciones de cada uno etc. Sin duda gana de esta forma en viveza y concreción el estudio teológico. Es, podríamos definirlo, una investigación teológica con crónica incorporada.

La doctrina contenida en el Capítulo III de la *Lumen gentium* junto con la contenida en la Constitución *Pastor aeternus* del Vaticano I constituye la «carta magna» de la jerarquía en la Iglesia. La base de esta constitución jerárquica es el episcopado, que posee en el papado su vértice y centro de unidad. La intención del autor es la siguiente: «Este importantísimo documento ha tenido una historia larga y atribulada. También la

redacción definitiva lleva las señales, por no decir las heridas, de esta fatiga. Se puede constatar esto en no pocas expresiones e incluso en palabras concretas. El presente estudio, también con los límites de momento no fácilmente superables, querría reconstruir el contexto histórico-doctrinal que ha dado ocasión y ha condicionado el texto promulgado, y ofrecer así una ayuda modesta a su inteligencia menos imperfecta» (p. 14). Siguiendo la lectura de este teólogo y testigo de excepción revive el espíritu, la orientación y el método del mismo Concilio.

La obra comprende tres partes. En la primera se estudian las indicaciones surgidas de la consulta preconiliar, la elaboración del Esquema en lo referente al Episcopado por parte de la Comisión teológica preparatoria y el juicio negativo de los Padres conciliares. La Universidad de Salamanca, como por otra parte la mayor parte de las Universidades, solicitó que el Concilio tratara la doctrina del Episcopado (p. 24).

La segunda parte, que es la más extensa, se ocupa de la elaboración del nuevo Esquema, de la animada discusión conciliar y de su maduración lenta hasta la promulgación.

La parte tercera, fundamentada en las anteriores, contiene unas indicaciones para la lectura del texto definitivo. Ha sido un acierto del autor incluir esta lectura, ya que la comprensión exacta del texto conciliar no puede separarse de las vicisitudes y de las motivaciones que han contribuido a su maduración.

Incluye, por fin, el autor un Apéndice con 18 documentos complementarios, que ilustran eficazmente el itinerario de las discusiones y de la clarificación. Por ejemplo, reproduce el Esquema sobre el Episcopado presentado por G. Philips al terminar la discusión del primer Esquema (pp. 446-452); el texto de las «*Adnotatio*» y «*Considerationes*» del Card. Browne sobre el n° 16 del nuevo Esquema (pp. 496-499), y la respuesta «*Osservazioni sulla collegialità episcopale*» redactada por el mismo P. Betti en nombre de la Subcomisión 5ª, de la cual, como dijimos, era secretario y relator (pp. 500-506). Fue un momento álgido.

Aunque la publicación de las Actas del Concilio ya se ha llevado a cabo y por ello tenemos acceso a gran parte de este proceso de maduración, sin embargo la presentación teológica, documental y personal del mismo es un servicio notable que debemos al P. Betti. Con orden, claridad, interés, respeto con personas y profundidad nos ha ofrecido el camino que ha seguido en el Concilio un capítulo fundamental de la Constitución *Lumen gentium*, que es como la espina dorsal del Vaticano II.

R. Blázquez

J. J. Giménez Medina, *El magisterio eclesiológico del Episcopado español (1847-1870) preparatorio del Concilio Vaticano I*. Publicaciones de la Facultad de Teología del Norte de España (Sede de Burgos), 49 (Burgos: Ed. Aldecoa 1982) 445 pp.

Estamos ante una obra significativa para el conocimiento del pensamiento teológico del novecientos español. Es historia de la Iglesia, pero lo es como historia de la teología; y no porque el autor se haya consagrado a la exposición y ordenamiento directos de las diversas corrientes de la teología española del pasado siglo, sino porque ha querido llegar a través

del magisterio episcopal, lo cual es bien importante. Lo es porque, además de acercarnos a la teología tal y como ésta se configura en la lógica de sus propios sistemas escolares, nos descubre su repercusión y acomodación a la práctica de la fe, modulando sus supuestos específicamente teóricos.

La obra, centrada en la etapa del reinado isabelino, representa asimismo un arduo trabajo de examen documental, ya que el autor ha tenido que habérselas con 267 *documentos episcopales*, en su mayoría cartas pastorales, sin que falten otro tipo de documentos (cartas-salutaciones o despedidas de diócesis; contestaciones a autoridades de la nación; normativas [generalmente disciplinarias y litúrgicas], las relativas a la moral pública; a la caridad fraterna; etc.). Véase la clasificación de estos documentos en las pp. 97-99. Como el mismo autor dice en el prólogo, le hubiera sido más fácil el estudio de un solo autor, pero ha conseguido ofrecernos un conjunto de actividades episcopales y la estructura eclesiológica que las justificó. Y lo que es más: la relación que esta eclesiológica dice a las razones teológicas que asistieron la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María y la infalibilidad pontificia del Romano Pontífice. Todo, como metodológicamente ha pretendido en la elaboración del trabajo, conforme a la hermenéutica teológica que la circunstancia teológico-eclesial del siglo xix español da de sí.

La obra está dividida en dos partes. La primera parte ofrece la panorámica histórico-cultural (pp. 71-129) y la segunda parte está consagrada al análisis doctrinal como tal (pp. 131-375). Siguen los *Apéndices*, relativos a las fuentes utilizadas por orden alfabético y los trazos biográficos del episcopado español en 1854. Después el índice de citas de los documentos episcopales. La obra se completa con dos útiles índices más: el de nombres y el de materias. La bibliografía se ofrece al principio de la obra.

Cabría hacer algunas observaciones. Por lo que se refiere al método (cf. pp. 94-97), dice el autor que busca la explicación en su propio contexto de la eclesiológica magisterial que estudia sin caer en algunas tentaciones, que él señala ya en el prólogo a la obra; entre ellas, «hacer una crítica del pasado y buscar los pioneros de nuestras actuales teorías (...)». La doctrina episcopal del ochocientos español debe aparecer en sí misma, iluminada únicamente por su propio contexto cultural e histórico, explicada por sus propios orígenes» (p. 9). Añade después que «nos parece una deformación histórica y, sobre todo, teológica, el defender como único módulo para la Iglesia del xix el del 'catolicismo liberal' y no admitir la validez de otras interpretaciones teológico-pastorales de los signos de los tiempos» (pp. 115-116). Podemos estar de acuerdo, pero con una salvedad: que se establezca la debida interdependencia de concepción teológica y afiliación ideológica de los prelados. Además, que la utilización de la Escritura y la apelación al magisterio de la Iglesia que hacen los prelados no sólo se analice en su trayectoria educativo-espiritual, sino asimismo atendiendo al valor «instrumental» que, al servicio de una u otra concepción de la Iglesia, los prelados conceden a su lectura de la Sgda. Escritura y del magisterio eclesiástico. En este sentido, sin que se haga del horizonte ideológico hermenéutica reduccionista de la eclesiológica episcopal decimonónica, cabe establecer un análisis del pensamiento eclesiológico de estos obispos más objetivo, esto es, desvelado en sus propias limitaciones ideológicas. No sólo hemos de investigar sobre «la visión personal que ellos tenían de su propia época; el juicio que tuvieron de su tiempo» (p. 119), sino asimismo por qué lo tuvieron tal

y no de otra forma; y quienes discreparon (adelantándose o no a su tiempo), si los hubo ¿por qué discreparon en realidad? Por otra parte, el mismo autor parece proceder de este modo cuando establece sus mismos criterios de lectura *in situ* —valga la expresión— de esta eclesiología episcopal, aduciendo textos que así lo prueban en su favor (cf. p. 120: sobre las dos generaciones episcopales: la «desamortizadora» y la «africana», según clasificación de J. Martín Tejedor). ¿Es que acaso nada tiene que ver la concepción apocalíptica, desde la que algunos prelados más que otros describen el derrumbamiento del antiguo régimen, de la sociedad de la época con las mediaciones ideológicas de la fe, tentación permanente y tan inevitable de su misma historicidad? De otro modo no encuentra explicación por la sola fuerza de la fe la voluntad restauradora de un episcopado a la defensiva, que no dejó, ciertamente, de lado la voluntad de servir al pueblo y de abrirse a sus necesidades materiales y culturales y de ofrecerle los criterios de fe que pudiera preparar a las gentes para la época nueva. Los muchísimos textos aducidos en la obra explican, sin embargo, lo lejos que estaba el episcopado español de aquél otro episcopado que habría estudiado «folletos» (!): el episcopado alemán, tan fuertemente interpelado por los círculos teológicos de Munich y de Tubinga y testigo de uno de los esfuerzos gigantes de la teología de la época. Esfuerzo amenazado y, sin duda, proclive a los errores (la condena del hegelianismo y racionalismo teológicos estuvieron justificados en su día), pero con voluntad de hacer presente la fe en el tiempo nuevo.

Leyendo esta obra uno descubre la grandeza de la afirmación que los obispos españoles del XIX hacen de la realidad histórica de la Iglesia, una afirmación casi patética, cuando el derrumbamiento de las mediaciones históricas les impulsa a una defensa de las mismas que justamente era lo que podía arrastrar la presencia misma de la Iglesia en la sociedad española. La obra muestra, con acierto y con progresión en las afirmaciones, qué ingente labor realizaron aquellos pastores, alimentada por una teología de la Iglesia que tuvo el mayor mérito, sin duda, en la convicción inamovible de la necesidad de la comunidad cristiana, de la *ecclesia* en su misma historicidad para la salvación de los hombres. De ahí la razón de los títulos que los obispos dieron a la Iglesia, en fidelidad a la fe, y la acentuación que hicieron de ellos. De ahí también, sin embargo, la limitación de su visión eclesiológica, sin que queramos proyectar nuestra propia concepción eclesiológica sobre la suya.

A. González Montes

B. Lauret - F. Refoulé (dir.), *Iniciación a la práctica de la Teología*: T. I: *Introducción*; T. II: *Dogmática 1*. Traducciones de A. Urbán y R. Godoy (Madrid: Ed. Cristiandad 1984) 538 pp.; 496 pp.

La obra que ahora presentamos es la traducción española del original francés, debidamente adaptada, con incorporaciones de las que daremos cuenta. El tomo *introdutorio* quiere ser tal y está concebido en *tres partes*: maneras de habitar y transformar el mundo (Primera parte), características de la teología (Segunda parte) y cristianismo visto desde fuera (Tercera parte). La primera bien pudiera calificarse de estrictamente instrumental y al servicio de la claridad de conceptos, que permiten situar al lector en el panorama mental de hoy: saber, ideología, interpretación, poética y

simbólica; la experiencia de lo sagrado y el lenguaje y representaciones que lo vehicular; la realidad cognitiva de la fe. El capítulo de P. Ricoeur a propósito de la naturaleza del discurso religioso (mixto: preconceptual y conceptual) se inscribe en la línea de sus bien conocidas reflexiones sobre hermenéutica (cf. pp. 43-69) y es completado por Meslin (pp. 70 ss.).

El conjunto de colaboraciones que articulan la segunda parte se propone ofrecer una panorámica de las disciplinas teológicas y del carácter plural y tanto especulativo como positivo de la teología en cuanto tal. Para ello se establecen criterios (pluralidad de la reflexión teológica [Geffré], su mediación histórica [Gisel], su eclesialidad [Tillard], como pautas ineludibles). La exposición de la teología histórica se ha encargado a Congar (pp. 238-269). Nuevos son los capítulos dedicados a la teología en España (M. Gesteira) (pp. 333-355), en Cataluña y Baleares (S. Pié) (pp. 356-392) y en Iberoamérica («Latinoamérica», según el autor del capítulo J. Sobrino) (pp. 366-393). No es fácil entender por qué contradistinguir España de Cataluña y Baleares, aunque el capítulo catalán hubiese requerido un autor distinto del que se ocupara de la teología española en castellano. Con todo, una vez hecha la opción, debería haberse distinguido en todo caso entre teología en castellano o español y en catalán, si es que vale la distinción lingüística como criterio de inculturación de la fe, que yo mismo defendiendo sin titubeos. Entre las revistas reseñadas (cf. p. 397), bien podría haberse incluido *Diálogo ecuménico*, sobre todo después de que Gesteira, con la generosidad que le caracteriza, haya hablado del núcleo de reflexión teológica ecuménica surgida en torno al Centro salmantino «Juan XXIII» (cf. p. 353). La verdad es que tanto la panorámica que ofrecen Gesteira como Pié i Ninot permitirán a los estudiantes hacerse con la digna trayectoria de la teología posconciliar española, más allá de objeciones personalistas no exentas de narcisismo. Y el haber introducido el capítulo de J. Sobrino sobre la actualidad teológica iberoamericana es un acierto.

El volumen termina con un apartado dedicado a la relación entre cristianismo y las religiones; y otro más a la crítica de la religión. Acierto es haber confiado su elaboración a «los de fuera», aunque lo que gana en veracidad la exposición lo pierde en síntesis orgánica. Y esto es muy importante, si no se pierde de vista que la obra busca una oferta orientadora y quiere ser más que fenomenología de los diversos «discursos».

El volumen *segundo (Dogmática 1)* ofrece en una parte una aproximación básica a las condiciones del discurso sobre Dios (estatuto, lenguaje) y a su entronque cristiano con la experiencia espiritual (= experiencia cristiana) como horizonte hermenéutico de dicho discurso. La segunda parte ensaya lo que bien puede llamarse *teología fundamental*, articulada como fenomenología bíblica de la revelación y cristología fundamental. Desde aquí asimismo una aproximación a las síntesis cristológicas del NT y a las confesiones trinitarias de la fe de la Iglesia antigua surgida del protocatólicismo. Sólo después se ofrecerá una síntesis de orden dogmático de la cristología. Los epígrafes que se suceden articulando la exposición son extraordinariamente cortos y descriptivos y suponen la asunción previa de parte de los autores (J. Schmitt para la «cristología apostólica» y B. Lauret para la «dogmática») de toda la investigación críticoexegética y de afirmación de la singularidad del hecho cristiano frente a las pretensiones de la escuela de las religiones y las tesis sociopolíticas sobre la génesis del cristianismo. Me parece valiosa la contextualización que hace Lauret del

«relato» cristiano en el marco de la lingüística moderna, de tanta y significativa presencia en la cultura francesa. Yo diría que esto es tan importante como la convicción del autor por reconstruir la dogmática cristológica (después de su desconstrucción crítica en las últimas décadas) desde la afirmación, ahora recuperada para el método teológico, central de la fe de que crucificado y resucitado *coinciden*. No hay cristología sin jesología que pueda superar su hipoteca en la subjetividad del teólogo. De aquí no ha de seguirse, sin embargo, la entrega de la cristología a la «narración» sin más. Esto es lo que justifica el autor con acierto (cf. pp. 406-407). Con todo, los datos del relato, ¿no acaban por ser articulados siempre en el sistema? El volumen quiere concluir con una última sección para esta segunda parte, que obedece a la eclesiología bíblica y dogmática, pero entendidas como tales en el interior de la reflexión pneumatológica: bíblica primero, teológica después (a cargo de Congar).

Esta *Iniciación a la práctica de la teología* refleja toda la sensibilidad de hoy. Esta es su ventaja y también su límite. Es culturalmente una obra del pensamiento cristiano francés de nuestros días. Original y bien informada, pierde en unidad orgánica cuanto gana en exposición descriptiva; pero no está exenta de sistema, porque éste opera bajo la común sensibilidad moderna de sus autores. La obra va acompañada de buena información bibliográfica y es un ejemplo de selección orientadora de las lecturas que pueden hacerse al ritmo del estudio. Si es ésta una obra que fundamentalmente se inspira en la Escritura y se quiere deudora del pensamiento actual, también es verdad que no parece tener muy presentes las elaboraciones de la tradición teológica excepción hecha de los hitos ineludibles, sin los cuales tampoco sería posible hacer un discurso cristiano; y aun así, las referencias son breves y muy esquemáticas.

A. González Montes

2) HISTORIA DE LAS RELIGIONES

D. Allen, *Mircea Eliade y el fenómeno religioso*. Traducción de J. Hernández Zulaica. Academia Christiana, 25 (Madrid: Ediciones Cristiandad 1985) 304 pp.

Esta seria investigación del Prof. Allen es el resultado de una serie de estudios y publicaciones anteriores —incluida su tesis doctoral de 1971— y de encuentros mantenidos con el gran fenomenólogo de la religión y constituye, sin duda, una de las más importantes aproximaciones introductorias y críticas a la obra inmensa del Dr. Eliade.

Nuestro autor quiere salir al paso de las diversas acusaciones dirigidas al gran maestro rumano por numerosos antropólogos, sociólogos e historiadores (Leach, Baird, Altizer, Saliba, etc.) en el sentido de inculparle una carencia de visión crítica y de metodología científica adecuada, y de insinuar que toda su obra no es más que una acumulación incongruente de datos, hipótesis y generalizaciones excesivas, sin una base real y probada. D. A. va a intentar precisamente lo contrario. Tratará casi exclusivamente de la metodología y defenderá que, más allá de la complejidad material o